



EVIE BLAKE

VALENTINA

Y EL CUARTO OSCURO

Una novela crónica inspirada en el famoso personaje de Guido Crepax



VALENTINA Y EL CUARTO OSCURO

Evie Blake

Trilogía Valentina I

Sinopsis

Milán, 2012. La fotógrafa Valentina Rosselli vive con su amante, Theo Steen, pero se niega a llevar su compromiso más allá de eso. Cuando le hacen un misterioso encargo, fotografiar a gente que da rienda suelta a la parte más oscura del deseo, se encuentra sumergida en un mundo enigmático que sacará a la luz una parte de sí misma que desconocía.

Venecia, 1929. Una mujer de la alta burguesía vive atrapada en un matrimonio infeliz y reprimida por la sociedad. Como Belle, su álgter ego, lleva una vida secreta de cortesana en la que da rienda suelta a sus fantasías. Aunque separadas por décadas, las vidas de Belle y Valentina están entrelazadas. Ambas experimentarán el despertar de un deseo latente, pero ¿descubrirán la relación entre la pasión física y el verdadero amor?

Valentina y el cuarto oscuro es una historia audaz y contemporánea que combina misterio, amor y, sobre todo, altas dosis de erotismo.

A Barry: lo eres todo para mí.

Y a la Valentina que todos llevamos dentro.

Desnuda, la llevaron hasta la orilla, donde la tumbaron sobre la arena todavía caliente, con los pies hacia el mar. Ella notaba las olas lamiéndole los tobillos, como si fuera otro amante que le cubría con gélidos besos los dedos de los pies.

Era una noche sin luna, aunque brillaban unas pocas estrellas, diminutos alfileres de esperanza, lágrimas dentro de su corazón. La oscuridad era tal que ni siquiera distinguía sus caras. Se sentía como si se alejara flotando del mundo real y entrara en otro universo. Un lugar habitado por sus fantasías. Sus compañeros se habían convertido en algo más que simples hombres: eran criaturas de sombra que latían de necesidad, de deseo. Aunque se encontraba al aire libre, junto al mar, bien podrían haber estado en una cueva oscura o una habitación sin luces. Estaba un poco

asustada, aunque no tanto como para querer parar. Se estaba volviendo como ellos: su otro yo.



Valentina

Valentina se incorpora sobre los codos y mira fijamente a Theo. Hace seis meses que viven juntos. Se inclina hacia él y apoya el brazo con cuidado sobre la espalda de su amante. Le encanta hacerlo mientras está durmiendo, cuando no sabe hasta qué punto le gusta a ella imaginarse a los dos juntos. Y todo lo que imagina es posible. Tiernamente acaricia la espalda perfecta, permitiéndose expresar un excepcional momento de afecto. Es un gesto que siempre evita cuando Theo está despierto. Valentina examina su propia blancura de lino contra la piel cetrina de Theo Steen y considera el contraste perfecto que forman. Ella es pálida y de huesos finos, como su adorado icono de los años veinte, Louise Brooks. Él tiene la piel más oscura y es mucho más sensual que cualquier otro amante latino que haya tenido nunca, aunque sus ojos son azules, perturbadoramente claros. Sería mucho más lógico que fuera ella quien tuviese la piel oscura. A fin de cuentas es italiana, mientras que él procede de Nueva York, hijo de emigrantes holandeses. Valentina no sabe gran cosa de los orígenes de Theo, pero parecen muy distintos de los suyos. Theo se lleva bien con sus padres, con ambos, y en opinión de Valentina tuvo una infancia afortunada. Es un consumado violoncelista, jinete y esgrimista, además de hablar infinidad de idiomas. Podría haberse dedicado a cualquier profesión que le apeteciera. Es uno de esos hombres que ella había creído que la irritarían. Un triunfador privilegiado que no tiene que preocuparse por ganarse la vida y puede darse el gusto de dedicarse en exclusiva a su pasión: el estudio y análisis del arte moderno. Sin embargo, en vez de plantarlo a la prime-

ra ocasión, allí lo tiene, en su cama, perdido en la inocencia del sueño justo a su lado. Está viviendo con ella.

Valentina baja la mirada hacia su amante dormido. Theo está echado boca abajo, con la cabeza vuelta hacia el otro lado. Valentina se pregunta adónde lo llevan sus sueños. Se pregunta si despertará con el recuerdo de sus caricias en la piel. La noche anterior deseaba que él se corriera, y sin embargo, extrañamente, no sentía la necesidad de tener un orgasmo. Eso no es habitual en ella, no es muy de Valentina, piensa para sí. Ni siquiera ahora le apetece hacer el amor por la mañana. ¿Acaso llega un momento en que la pasión se acaba? Si quitase el deseo sexual en la relación entre ella y Theo, ¿quedaría algo? Desconocidos antes de su unión; desconocidos de nuevo después. ¿Ha llegado la hora de darlo por terminado? «No, todavía no», suplica una voz dentro de su cabeza, y trata de acallar la ansiedad. Se está dejando llevar por el pánico sin ninguna necesidad. Pero es que eso de la convivencia es algo tan nuevo para ella...

Valentina nunca ha compartido su apartamento con nadie desde que se marchó su madre. Todavía le sorprende lo fácilmente que encajó todo cuando Theo se fue a vivir con ella. Valentina sabe por qué se lo pidió. Fue una reacción visceral a la advertencia de su madre. ¿Theo la está utilizando? Instintivamente rechaza la idea. Él dudó mucho antes de aceptar su ofrecimiento. Le preguntó varias veces si estaba segura. Theo tiene algo diferente. Ya había visto su peor faceta, y aun así no se marchó.

Valentina se anuda el extremo de la sábana alrededor del dedo y tira fuerte. Un anillo de algodón blanco le pellizca la carne, haciendo que se muerda el labio. Es porque él no da nada por sentado, es eso, a pesar de su vida acomodada. Theo nunca deja de intentar complacerla.

Vuelve a acostarse y sonríe mirando al techo, examinando los centelleantes cristales de su lámpara de araña mientras rememora la noche anterior. Tentativamente se pasa la lengua por los labios. Todavía nota su gusto. Valentina saborea la salinidad de su amante mientras recuerda cómo lo acariciaba con la lengua. Lo llevó hasta el límite, sin pararse a pesar de sus súplicas para que le dejara estar en ella. Pero Valentina no lo permitió, quería que todo se centrara en él. De modo que siguió a lo suyo: lamiéndolo, provocándolo con los dientes, recorriendo todo su cuerpo con la lengua y apretando fuerte su rigidez de terciopelo entre los labios. La vulnerabilidad de él y el poder de ella. Lo había llevado más allá del límite. Y cuando Theo gritó su nombre, fue como si una bengala alcanzara su corazón, una bengala ardiente que le provocó una cálida sensación, llenándola de impresiones contradictorias de miedo y satisfacción. ¿Cómo era posible? Normalmente no le gusta que sus amantes hablen, y mucho menos que griten. Siempre insiste en hacer el amor en silencio. Detesta las falsas proclamaciones de amor pronunciadas en el ardor de la pasión. Sin embargo, Theo gritó su nombre, y en lo más profundo de su ser hubo un eco de respuesta, a pesar de su rechazo consciente. Ahora, el sabor salado de Theo todavía persiste en los labios de Valentina. No es de extrañar que haya soñado con el mar. Cierra los ojos y ahuyenta las imágenes no deseadas a la vez que su sonrisa desaparece de sus labios. Pero resurgen las sensaciones deshilvanadas de su sueño. Ella hundiéndose bajo el agua, incapaz de ascender nadando a la luz; oscuridad, ahogo.

—Eh, ¿te encuentras bien?

Valentina abre los ojos. Theo está echado de lado, con la cabeza apoyada en su mano, tranquilizándola con sus claros ojos azules.

—He tenido una pesadilla.

Theo la atrae hacia sí. Y Valentina deja que la rodee con sus brazos, cierra los ojos y nota que Theo apoya la barbilla en su cabeza.

—¿Quieres contármela? —pregunta él, con la voz amortiguada por sus cabellos.

Ella no responde, no inmediatamente, y él no insiste. Resulta tan agradable estar entre los brazos de su amante que Valentina no quiere regresar a sus pesadillas, arruinar con sus angustias el flamante día.

—No —responde.

—Como quieras, amor mío.

Theo la besa en la coronilla. Con qué facilidad le ha salido de los labios la expresión de cariño. ¿Lo ha dicho en serio? A Valentina le cuesta mucho más. Las fórmulas al uso, como «mi amor», «cariño» o «vida mía» se le atragantan. «Amor mío.» Las palabras le molestan tanto que de pronto se siente agarrotada entre sus brazos y desea separarse de él. Theo desenreda lentamente su cuerpo de ella, como si notase su necesidad de distancia.

—Prepararé un poco de té —dice Theo, levantándose de la cama, evitando el contacto visual.

Valentina lo observa en toda su gloriosa desnudez mientras él atraviesa la habitación a grandes zancadas. Aunque se ha puesto el camisón de seda de Valentina, eso no le resta ni un ápice de virilidad, subrayando los contornos masculinos de su cuerpo. Valentina nota un cosquilleo debajo del ombligo, cada vez más y más profundo, mientras lo mira saliendo por la puerta. ¿Por qué ha sentido

aquel escalofrío entre sus brazos? Ahora le gustaría hacer el amor.

Echa un vistazo al reloj. Ya son más de las siete. Debería levantarse; la espera un día ajetreado, aunque todavía no logra incorporarse del santuario de su cama. Bosteza y se despereza, esperando a que regrese Theo con el té. Se alegra de no haber manchado la mañana con sus miedos narcisistas.

Valentina no está orgullosa del pasado. Nunca ha entendido la obsesión de sus contemporáneos por la transparencia en las relaciones. La necesidad de sacar a relucir toda tu historia personal y esperar que tu amante la comparta. Le desconcierta que tantas mujeres jóvenes traten de manipular a sus novios mediante la lástima. Lo último que quiere es ser una víctima. No, más vale no mirar atrás, mantener siempre un poco de misterio. En su opinión, es mejor guardarse los secretos para uno mismo. Ese ha sido siempre su lema. Sin embargo...

No consigue sacarse de la cabeza las palabras de Gina Faladi. Dichas con toda la inocencia, por supuesto. Gina es una mujer dulce, un poco demasiado sumisa en opinión de Valentina, quien ha visto cómo se deja mangonear por su novio Gregorio. A saber cómo será en la cama. Pese a todo, Gina es una de las mejores maquilladoras con las que haya trabajado jamás Valentina. La semana anterior viajaron juntas a Praga para una sesión fotográfica para *Marie Claire*. Fue en el viaje de regreso a casa, tras un par de copas de vino a bordo del avión, cuando Gina le planteó la pregunta que ahora le da vueltas en la cabeza como un gran gato negro.

—¿Y adónde va Theo?

Eso era lo que había dicho Gina. Valentina estaba a punto de responder que no tenía ni idea ni le importaba, que entre ella y Theo no existían los celos, pero cuando vio que Gina empezaba a arquear las cejas cambió de idea.

—A trabajar. —Valentina le dio un sorbo a su vino tinto—. Va a exposiciones. Conoce a artistas. Compra obras de arte.

Se extendió vagamente. Era una buena excusa y quién sabe si era cierta. Pero el hecho es que Valentina no tiene ni la más remota idea de adónde va su amante cuando desaparece una vez al mes varios días seguidos. Sí que ha visto varias reseñas suyas, y antes de que se conocieran había publicado dos libros, uno sobre el expresionismo alemán y el otro sobre el futurismo en la Italia de los años veinte, pero a duras penas era la cantidad de obras que una esperaría de un crítico de arte tan trotamundos. ¿Y qué estaba haciendo en Milán? Sus escasas clases en la universidad apenas le reportaban ingresos. Si regresara a Estados Unidos, sin duda podría encontrar un puesto mejor. Sin embargo, cuando le había preguntado a Theo por qué estaba en Italia, él había evitado responder y había agitado los brazos como un auténtico italiano, manifestando vagamente que estaba donde tenía que estar en ese momento. Valentina esperaba que en cualquier momento él le dijera que volvía a su país. Y no obstante seguía instalado en Milán casi un año después de haberse conocido.

Al principio, a Valentina no le importaba adónde iba Theo. En realidad, durante el primer par de meses de vivir juntos esperaba con anhelo sus breves desapariciones. Todavía dudaba sobre si no se habría precipitado en su ofrecimiento, y culpaba de tal precipitación a las palabras de su madre.

—No permitas que te posea, eso es lo que quieren todos. Y por el amor de Dios, no os pongáis a vivir juntos.

Como era habitual, su madre la había desanimado. De todos modos, ¿qué había llevado a Valentina a llamarla? Se encontraba en una especie de nube después de unas primeras semanas excitantes con Theo, y había sentido el estúpido deseo de compartirlo con su madre. Incluso se había quedado levantada hasta altas horas de la noche esperando a una buena hora para llamarla a Estados Unidos. Aunque, por supuesto, debería haber imaginado lo que pasaría. En vez de alegrarse por ella, su madre solo había visto los aspectos negativos.

—Valentina —la había advertido su madre—. Tú y yo no podemos entregarnos totalmente a un único hombre. Necesitamos espacio. Yo lo aprendí por las malas, cariño. No te precipites.

Su consejo enfureció a Valentina. Ella no era como su madre, una mujer vanidosa y egocéntrica que siempre buscaba la atención y era incapaz de compartir nada, ni siquiera con sus propios hijos. Tenía que demostrarle que estaba equivocada. Así que esa misma tarde, y para gran asombro de Theo, lo invitó a mudarse a su casa. ¿Por qué no? De todas formas, el propietario acababa de darle el preaviso y tenía que buscarse un lugar donde vivir. El apartamento de Valentina era enorme y no le costaba un céntimo, ya que pertenecía a su madre. Serían compañeros de piso, le dijo, con derecho a roce. La incongruencia de su proposición le había hecho reír, y le había dicho que estaba loca. Pero de todos modos había aceptado.

Aunque para ser sincera consigo misma, Valentina debe admitir que teme que su madre tuviera razón. Le resulta difícil acostumbrarse a transigir. Raramente discuten, y tie-

nen gustos similares en música, comida y arte, y aun así hay pequeñas cosas que la enervan. A ella le gusta dormir con la puerta del dormitorio abierta y una luz en el pasillo, mientras que Theo prefiere la oscuridad total y la puerta cerrada. A ella le gusta el silencio mientras trabaja y él pone música. Normalmente es algo que les gusta a los dos, pero en ocasiones pone música de los ochenta que habría encantado a su madre —Joy Division, The Cure— a un volumen tan alto que Valentina la oye incluso cuando está en su estudio o en el cuarto oscuro revelando fotografías. Siempre le hace rechinar los dientes. Y a veces él charla demasiado. Ya procura no hablar sobre sí mismo ni importunarla con demasiadas preguntas sobre su madre (algo que todos sus demás amantes acababan haciendo, lo que los distanciaba de ella inmediatamente), pero es moleestamente proclive a las discusiones. Por supuesto que pueden ser sobre arte, o sobre una película que acaban de ver, y eso está bien. Pero a Theo también le encanta enredarse en conversaciones sobre sucesos de actualidad, economía o historia. La interroga constantemente sobre política italiana. ¿Qué piensa ahora la gente de Mussolini? ¿Cómo había vivido su familia durante la Segunda Guerra Mundial? A Valentina no le interesa. Ya tuvo que tragar suficiente política cuando era niña. Las batallitas que le contaba su madre al acostarla sobre lo que le había ocurrido a su familia antifascista durante la guerra habían bastado para hacer que aburriera la política de por vida, así como oír a su madre discutir sobre las virtudes y defectos del comunismo con su hermano Mattia, las raras veces que se veían. En cierto modo consideraba que el choque ideológico entre sus padres era el motivo por el que su padre se había marchado hacía ya tantos años. A Valentina no le gustan los idealistas. Personas que desatienden a sus familias en pro del bien común. Theo parece más pragmático, ¿cómo puede no serlo con la educación que ha recibido? No obstante, cuando empieza a hablar sobre el mundo y las esperanzas de cambio, le pone

los nervios de punta. ¿No se da cuenta de cómo tensa ella los labios en una línea no comunicativa, de cómo aprieta los dientes cuando él insiste en pedir su opinión? ¿No es una coincidencia que normalmente al día siguiente Theo le anuncie que se marcha en viaje de negocios, como si supiera que ella necesita estar sola? Desde niña, Valentina se ha acostumbrado a la soledad. Se crio como si fuera hija única, ya que Mattia tenía trece años y estudiaba lejos de casa cuando ella nació. No ha visto a su padre desde que tenía seis años, y tampoco Mattia sabe dónde está. Así que estaban solas ella y su madre, que le enseñó a ser autosuficiente desde muy temprana edad. Cuando era muy pequeña, su madre se la llevaba consigo en sus trabajos de fotografía, y Valentina aprendió a entretenerse sola durante las largas horas que pasaba esperando, de ahí que sea una ávida lectora.

Cuando Valentina cumplió los doce años su madre empezó a dejarla en casa en Milán con la excusa de que no quería que interrumpiera sus estudios, aunque Valentina sospechaba que en realidad era para que su hija adolescente no le cortase las alas. Todos los hombres amaban a Tina Rosselli. Era un icono en su mundo de *glamour* y estilo. Dicho sea en su honor, su madre jamás escondía su edad, pero que la acompañase una versión manifiestamente más joven de sí misma era mucho más de lo que podía soportar su vanidad. De modo que para cuando Valentina tenía trece años podía pasar toda una semana sola en el piso, con la única compañía de *Tash*, la enfurruñada gata de su madre. Recordaba haber invitado a Gaby a casa un viernes después de clase y el asombro absoluto de su amiga cuando supo que había pasado toda la semana sola. Era algo que se cuidaba mucho de no contar en el colegio.

—Pero, ¿quién te cuida? —le había preguntado Gaby, con los ojos como platos, sin poder disimular la lástima.